

SPENGLER Y LA SITUACIÓN POLÍTICO-CULTURAL DE LA AMÉRICA IBÉRICA

CONFERENCIA EN LA UNIVERSIDAD
DE CHILE, 25 DE MAYO DE 1927

CARLOS KELLER R.

Señoras y señores:

En el 4.º tomo de la edición española de la monumental obra de Spengler sobre el «Ocaso de Occidente» («La decadencia de Occidente», como dice la traducción, Calpe, Madrid), se encuentra una idea del autor que os extrañará y que quisiera emplear como base de la conferencia que inmerecidamente me pidió la Institución Cultural Chileno-Germana y que es su primera manifestación pública de vida.

Spengler se ocupa del problema del Estado. Es de opinión que ha llegado la hora final del parlamentarismo, el cual será sustituido por la dictadura, el cesarismo u otras formas semejantes de gobierno. Dice, al terminar el capítulo a que me refiero, textualmente:

La guerra mundial casi puso término a esta evolución. No conduce camino alguno del gobierno de Lloyd George al antiguo parlamentarismo y tampoco del napoleonismo del partido militar francés. Y desde que Estados Unidos, aislados hasta la fecha y que formaban un territorio, antes que un Estado, han entrado a participar en la política mundial, la coexistencia de un presidente y del Congreso,

basada en una teoría de Montesquieu, se ha vuelto insostenible y será sustituida, en tiempos de verdadero peligro, por *poderes sin forma especial, como los conoce desde hace tiempo la América del Sur y México*.

No es tanto el problema del Estado el que nos debe extrañar al oír estas ideas de Spengler, como la opinión que le merecen al autor nuestros pueblos iberoamericanos, los cuales representarían una fase más adelantada en la evolución que los europeos y los así llamados magos del Norte.

Europa y Estados Unidos solo en los últimos tiempos habrían entrado en una evolución política, cuyo modelo se puede encontrar mucho antes en nuestra América ibérica.

Cómo, se dirá, ¿no somos nosotros, los iberoamericanos, los que nos consideramos inferiores a los europeos y que tratamos de progresar según aquel modelo? ¿Y ahora viene un autor alemán a comprobarnos que hemos avanzado mucho más que aquellos?

¿No es verdad que esta curiosa teoría de Spengler merece el calificativo —quizás muy suave— de extraña?

Para poder darnos cuenta del alcance de esta tesis, es preciso conocer la doctrina que Spengler nos presenta sobre la evolución de los pueblos, aplicada especialmente a nuestro continente.

Por supuesto que no es posible daros, en el curso de una breve y rápida conferencia, sino un débil reflejo de la riqueza inagotable que contiene —desgraciadamente, en forma aforística y no sistemática— ese libro que ha venido a revolucionar los espíritus.

Spengler, como gran número de los filósofos alemanes, que por esta razón se califican frecuentemente como «oscuros», se refiere constantemente a la realidad histórica íntegra. Nos describe sus fenómenos como los concibe su temperamento y sin seguir un sistema ordenado. De ahí que su manera de presentar la materia sea aforística. No se crea que este método sea tan abominable como nos quieren hacer creer algunos autores franceses. El sistemático solo nos ofrece un trozo de la realidad íntegra. Se le escapan numerosos fenómenos que no entran en su sistema o que

no pudo prever al esbozar el esquema, el lecho de Procusto a que voluntariamente se sometió. Spengler parece atacar furiosamente a la realidad. Trata de compenetrarla absolutamente, y así nos presenta todo el caudal de ideas que se apodera de él al apasionarse en tamaña empresa. No se le escapan detalles ni puntos de vista que a veces parecen contradictorios, si se les compara con ideas manifestadas en otras partes de su obra por el mismo autor. En verdad la vida es compleja y contradictoria, y si se la divide por la razón humana, siempre quedará un milagroso resto, de que ya nos habla Goethe. De ahí que los filósofos alemanes sean sumamente ricos en ideas y que a sus compiladores franceses se les pueda aplicar el dicho alemán: «Cuando los reyes edifican, los arrieros tienen harto trabajo».

Si observamos la realidad histórica, veremos que los hombres siempre y en todas partes han entrado en recíprocas relaciones. Han formado grupos sociales que pueden constar de solo pocos miembros o de muchos, que pueden ser de carácter limitado y local o de trascendencia vastísima. Cada uno de esos grupos tiene sus peculiaridades, su vida propia, su historia. Pero en general esos grupos, a pesar de su autonomía, no existen independientes de los demás. Forman parte de ciertos conjuntos más vastos, de ciertos grupos superiores. Esos conjuntos constan entonces de muchos pequeños grupos y subgrupos, cuya vida es determinada, hasta cierto grado, por esos conjuntos más vastos.

¿Cuáles son ahora los conjuntos más vastos que conocemos? Comte, Spencer y otros nos responden: la humanidad. Y nos presentan ciertas leyes que nos pretenden demostrar y explicar la evolución, el desarrollo de la humanidad, la cual habría pasado por las fases teológica y metafísica y se encontraría actualmente en la positiva.

Spengler, ahora, niega la existencia de un conjunto sociológico que se pueda llamar humanidad. Humanidad es una palabra hueca, nos dice. No tiene otro sentido que el de referirse a un número, al número total de seres humanos que pueblan nuestro planeta. Pero esa cantidad no forma un grupo social. No hay

relaciones recíprocas entre los grupos pertenecientes a todos los pueblos y a todos los tiempos, y precisamente las relaciones recíprocas forman la esencia de los grupos sociales. No hay, pues, humanidad. El conjunto más amplio que conocemos es la cultura.

La cultura forma, según Spengler, un organismo vivo, en constante evolución, un conjunto que se encuentra en movimiento. Cada cultura es un fenómeno único que no se repite, en cuyo fondo hay ciertas ideas fundamentales que la distinguen y separan de las demás.

Cada una de las diferentes culturas debe ser estudiada y analizada sin prejuicios sobre su superioridad o inferioridad. Es decir, todas ellas son de igual rango, de igual valor; no hay culturas privilegiadas en cuanto a los valores que han producido. Nadie le va a atribuir superioridad o inferioridad a un clavel al compararlo con la rosa, la violeta, las orquídeas o el crisantemo. Y las diferentes culturas pueden compararse a claveles, rosas, orquídeas y crisantemos. Son simples manifestaciones de ciertas fuerzas intuitivas que se apoderan de ciertos grupos de hombres y que los impulsan hacia adelante. Así la evolución, el desarrollo, el movimiento en el tiempo viene a formar la quintaesencia de las culturas.

Antes de iniciarse esa evolución existen otros grupos sociales que denominamos pueblos primitivos. En ellos no hay movimiento espiritual acelerado. La duración del paleolítico ha sido calculada en 250 000 a 500 000 años; la del neolítico, que le sigue, en unos tantos decenios de milenios. Apenas puede establecerse cierto progreso en los estilos de las herramientas y los demás objetos de la cultura material —únicos restos conservados— y esos progresos se extienden sobre milenios. No hay en esos pueblos evolución acelerada. Hay fluctuaciones, hay cambios de formas que se extienden sobre períodos que no nos es dado concebir claramente.

Viene enseguida cierto período de transición. Los pueblos parecen vibrar espiritualmente. Se puede observar cierta intranquilidad que se apodera de ellos. Comienzan las grandes

migraciones que podemos observar antes de iniciarse la evolución de las culturas, tanto en Occidente como en la Antigüedad, en Persia, en China y entre nuestros indígenas americanos. Y tras esas migraciones se inicia la evolución cultural.

Los hombres están poseídos, en esa fase de su evolución, de ideas caracterizadas por una enorme tensión interior que se forma en ellos —según Spengler, cultura es sinónimo de tensiones espirituales—; cada año, cada mes, cada día nos indica un paso hacia adelante, ciertas nuevas modalidades de la vida, una constante metamorfosis de esas ideas fundamentales.

Se inicia ese movimiento cultural con la creación de una nueva mitología, la cual es la manifestación de un nuevo sentimiento de Dios. Es decir, la primera fase de la evolución es religiosa, en lo cual Spengler está de acuerdo con Comte, aunque valoriza esta evolución de una manera diferente.

Enseguida viene una segunda fase, en la cual llegan a florecer plenamente la filosofía, las artes, la política, la música; es decir, todo el acervo de nuestra cultura espiritual.

La primera fase descansa sobre dos clases de la población que se colocan por encima de la masa: los nobles y los sacerdotes, los cuales simbolizan dos maneras de colocarse frente a la realidad y que son diametralmente opuestas. El noble es relativista, político, no cree en verdades absolutas, es oportunista y realista. El sacerdote cree en verdades absolutas, es apolítico, idealista y fanático. No debe presumirse que Spengler considere a uno de estos dos tipos de hombres como superior al otro. Ambos tienen plena razón de existir, y de la discrepancia que resulta entre ellos se compone gran parte de la vida, de los problemas que nos arrebatan, de las situaciones trágicas en que la vida nos coloca.

En la segunda fase se desarrolla un nuevo tipo humano: el burgués, el ciudadano en la acepción literal de la palabra, o sea el poblador de la ciudad. En él viene a predominar el elemento intelectual frente al sentimental de las otras dos clases. Su gran diosa es la razón.

Durante la segunda fase de la evolución cultural se establece

un equilibrio entre esas tres clases de la población. Termina esa fase en el momento en que la población de la ciudad prepondera frente a las otras dos clases. Ella se apodera entonces del Estado y ella le imprime su sello a la cultura. Se establece, en el orden político, el régimen parlamentario, que según Spengler es la continuación de la revolución burguesa con otros medios. Se inicia el desarrollo económico. La economía solo en esta fase de la evolución viene a florecer plenamente; hasta entonces se la había considerado como algo inferior, como un mal necesario para poder existir físicamente. Las verdaderas actividades de los pueblos se concentraban alrededor de aquellas ramas de la cultura a que ya me referí. Ahora la economía viene a compenetrar aquellas ramas. El problema de la vida se coloca en el centro de las actividades. Los medios de existencia se consideran más importantes que la vida espiritual. Los valores económicos asfixian a los artísticos, religiosos y espirituales. Se inicia la decadencia de estos valores. La técnica, el derecho, la medicina y otras ramas que se preocupan de los medios para poder existir vienen a experimentar su pleno desarrollo.

Esta tercera fase es denominada *civilización* por Spengler, y él contrapone la civilización a la cultura. Según su opinión, viene primero el desarrollo espiritual y solo posteriormente el económico. Una vez en posesión de una cultura, de valores espirituales, los pueblos consideran oportuno volverse ricos materialmente. Como se ve, esta tesis se encuentra en perfecta contradicción con la sustentada por la gran mayoría de los sociólogos.

Cesa finalmente también el desarrollo de la economía y de las ramas relacionadas con ella. Agota ella sus posibilidades. No se producen ya nuevos inventos técnicos. Los hombres se tornan estériles. «Son todo microcosmo —dice Spengler—, sin patria, libres en su espíritu, como los cazadores y pastores lo eran materialmente. *Ubi bene ibi patria*; este dicho se puede aplicar al tiempo antes y después de la cultura».

Según Spengler, ese proceso de la evolución de las culturas

consiste en una constante metamorfosis de las ideas fundamentales que forman la base de la cultura. Se trata de un proceso esencialmente espiritual. Es el espíritu de los hombres el que evoluciona. Es impulsado hacia adelante por fuerzas cuyo origen y aun cuya esencia nos son desconocidas. Sabemos solamente que se trata de fenómenos psicológicos. Las tensiones en el alma de los hombres forman su voluntad, y la voluntad crea el movimiento cultural. El hombre advierte ciertas resistencias, ciertos obstáculos, y tiene la voluntad de vencerlos. Así se originan los valores culturales. Se trata de una creación originaria de valores, no de imitar algún modelo. El concepto de problema envuelve, pues, el de tensión espiritual, de malestar psíquico que se trata de remediar, buscando la solución del conflicto. Toda obra cultural es, de esta manera, la solución de una tensión espiritual. Estas tensiones se pueden formar con respecto a los más diferentes factores. Pueden referirse a los problemas más materiales o a los más sutiles y espiritualísimos. No se presentan, como hemos visto, en forma desordenada o simultánea, en toda su inmensa variedad. En cada fase cultural predominan ciertos grupos de problemas. Se inicia el movimiento cultural con los más «inútiles» de todos los problemas: los religiosos. Los que el materialista y utilitarista considera como los más importantes se presentan, en la evolución cultural, como los últimos. Todo aquello que para el hombre vulgar de nuestros días es cuestión de lujo, es para el hombre de cultura la esencia de su existencia.

De manera que Spengler nos trata de presentar ciertas leyes que rigen el orden en que se presentan los problemas al hombre en el curso de la historia. Estas leyes se repiten en cada una de las culturas. Las leyes dinámicas de la evolución de las culturas son, pues, de validez absoluta para todas ellas e inalterables en su aplicación. Se desprende de aquí que Spengler no es tan relativista como se supone en general.

Lo que distingue y separa a las culturas es el carácter que en cada una de ellas tienen esas ideas básicas a que ya me referí varias veces. Cada cultura tiene, según Spengler, una personalidad

propia. A pesar de constar cada una de ellas de iguales grupos de problemas —religión, pintura, música, economía, técnica, filosofía, etc.—, cada cultura los concibe de una manera diferente.

Así, por ejemplo, Platón estableció una teoría muy interesante de estas ideas fundamentales y que guarda perfecta relación con el alma de cultura antigua. Para Platón existen ciertas categorías de nuestro conocimiento que son, de cierta manera, las formas puras de los objetos, relaciones y condiciones que solo encontramos en forma imperfecta en la realidad. Cada uno de nosotros tiene en su mente, para citar un ejemplo, una idea o forma pura de una encina. Esta forma pura no existe en la realidad, ya que cada ejemplar empírico de una encina es imperfecto. Un pintor tiene una idea pura del cuadro que va a pintar y que nunca va a poder exteriorizar, ya que su creación siempre adolecerá de ciertos defectos. Un estadista tiene una idea pura de la organización del Estado, cuyo gobierno le fue encomendado, pero nunca la va a realizar en esa forma, ya que todo Estado empírico es imperfecto.

Las ideas a que se refiere Platón son fijas, estables, estáticas. Nuestra manera de contemplar la realidad es, en cambio, histórica, y de ahí que nosotros, los hombres occidentales, pongamos en movimiento a aquellas ideas fijas de Platón, contemplándolas desde un punto de vista substancialmente diferente. Para el hombre antiguo el mundo era quieto, estático; para nosotros se encuentra en constante movimiento, en evolución; las ideas de Platón experimentan, en nuestro cerebro, una constante metamorfosis. Y de ahí que la cultura antigua esté separada, por todo un mundo, de la nuestra.

Estas ideas fundamentales se reducen a dos, que según Kant forman la base de nuestro conocimiento: el espacio y el tiempo. Cada cultura, podemos decir en consecuencia, contempla el espacio y al tiempo de una manera que le es peculiar a ella y que la distingue de todas las demás culturas.

Hemos de contemplar un último aspecto de la doctrina de Spengler, antes de dedicarnos a analizar la situación sociológica que le corresponde a nuestro continente en la historia universal.

Había dicho que debemos contemplar el problema de la evolución cultural como un proceso espiritual de los pueblos. Lógicamente, el problema de la decadencia es entonces igualmente un problema espiritual y no étnico. No se trata, al hablar de decadencia, de la degeneración física de las razas, sino de la decadencia de la vida espiritual. Y si cultura es sinónimo de tensión espiritual, decadencia es sinónimo de falta de tales tensiones.

Para Spengler el hombre feliz, de renta segura y que participa de todos los goces que nos proporciona la vida moderna, es decir, el hombre ideal de la escuela utilitarista del siglo XIX, es un hombre decadente. No conoce ya tensiones espirituales. El Estado se preocupa de proporcionarle todas las comodidades de la vida. No conoce el hambre material ni espiritual, ya que sus anhelos son satisfechos por la colectividad. No le roban el sueño aquellas gigantescas inquietudes que conducían a un estado cercano a la locura, a los genios de antaño.

En esas condiciones de quietud interior, los pueblos pueden continuar una vida civilizadísima durante siglos, como lo comprueba el caso de China. No es precisa la degeneración étnica. Hay, sí, entre estos pueblos civilizados y los primitivos, ciertos puntos de contacto. Desde luego, en ambos ha cesado la evolución. Ambos forman un barbecho étnico, se encuentran en la fase de los «fellaches», como dice Spengler, refiriéndose a los egipcios de la decadencia. En ese barbecho puede surgir más tarde una nueva cultura, que empleará a la misma raza o razas para transformarlas en algo nuevo.

Y ese mismo concepto de la raza es tratado por Spengler de una manera diferente que hasta ahora. Debido al materialismo del siglo XIX nos hemos acostumbrado a ver en las razas, es decir, en grupos étnicos de seres humanos, la base de las culturas. Pero si analizamos bien este concepto de la raza, veremos que envuelve un elemento espiritual. Al referirnos a las razas manifestamos ciertas opiniones sobre sus conceptos de moral, de arte, de filosofía, cierta manera de reaccionar frente a los hechos, cierto estilo de

vida peculiar a cada una de ellas. Todo eso es, empero, el producto de la historia, no su base. Cuando surgen las culturas y las ideas fundamentales se apoderan de los hombres, ellas transforman primero espiritual y después físicamente a los hombres. «Es el espíritu el que amolda el cuerpo», decía Schiller. La raza, en su forma pura, no se encuentra, pues, al iniciarse la cultura, sino que es un producto de ella. Y de ahí que nuevas culturas puedan emplear las más diferentes razas como fundamento de su edificio.

Estos son algunos aspectos generales de la doctrina de Spengler sobre la evolución de las culturas.

Tratemos de aplicar ahora estas teorías a nuestro continente. Tropezamos desde luego con un prejuicio fundamental. Las naciones iberoamericanas, se dice, son pueblos jóvenes, que solo se formaron hace cien años y que en tan corto tiempo no pueden haber progresado como los pueblos europeos.

Si se toma en consideración lo antedicho sobre las culturas, se verá que este prejuicio es falto de todo fundamento. ¿Desde cuándo se puede considerar la evolución cultural desde el punto de vista de la organización de una nación como entidad política? ¿Entonces Checoslovaquia y las demás naciones formadas después de 1918 tendrían una edad sociológica de nueve años? ¿Y cada vez que se organiza un nuevo Estado se interrumpiría la evolución cultural anterior, iniciándose una nueva?

Como se ve, no es posible argüir de esta manera, aunque lo hacen nuestros políticos y estadistas en cada discurso oficial. Este prejuicio les ha cerrado los ojos ante la complejidad de nuestros problemas sociológicos. En mi opinión, no es posible solucionar ninguno de nuestros más importantes problemas actuales, como ser el de la educación, el de nuestra evolución económica, etc., sin conocer claramente la situación sociológica en que nos encontramos.

Debemos iniciar nuestro estudio, pues, en las bases mismas de nuestra formación sociológica.

Spengler, con su fina intuición, se ha dado cuenta exacta de este hecho. Mientras que nosotros menospreciamos en general los

tiempos anteriores a nuestra emancipación, él me escribió en una interesantísima carta, en la cual me anunciaba que estaba preparando un nuevo libro sobre los pueblos primitivos, que los problemas de mayor interés de nuestro continente eran la isla de Pascua, la cultura indígena y la época colonial.

Desde hace algunos años nos vamos acostumbrando afortunadamente, en la América ibérica, a atribuirle una importancia cada vez mayor al elemento indígena, que viene a ser el problema céntrico de la mayoría de nuestros estados. Y para poder encontrar alguna solución de ese problema, es necesario conocer el pasado de los pueblos indígenas.

Desde la publicación de las obras de Uhle, Seler, Spinden y muchos otros, estamos en la situación de formarnos una idea clara y concisa del pasado indígena.

Basándose en tales estudios, Spengler llega a la conclusión de que la cultura indígena americana forma un ciclo cultural de igual importancia que los demás. México y el Perú pertenecen, según su opinión, al grupo de las altas culturas. Se trata en esos casos, pues, de pueblos plenamente evolucionados. Más aún: se trata de pueblos que, cuando los españoles llegaron a América, se encontraban ya en una fase más avanzada de la evolución que aquellos. Los mayas tenían, por el año 1000, un sistema tan complicado de gobierno que los ministros de Carlos V no lo habrían comprendido, dice Spengler.

Si esta tesis spengleriana es exacta —y será difícil comprobar lo contrario—, deben aplicarse a la cultura indígena-americana las mismas leyes que rigen la evolución de toda cultura. Spengler procede efectivamente así en el caso de México. Basándose en las conocidas obras de Spinden y Spencer, llega a la conclusión de que la cultura mexicana está representada por los mayas que poblaban la península de Yucatán. Ellos son los helenos de la cultura mexicana. Desde que se logró descifrar los jeroglíficos mayas conocemos la cronología de esa cultura. Su desarrollo principal se produjo en el primer milenio de nuestra era. Podemos estudiar su evolución en los estilos artísticos de los

monumentos conservados de aquella cultura. Se puede establecer claramente una evolución que, en grandes líneas, le corresponde exactamente a la de Occidente. Podemos establecer igualmente que por el año 1000 se inició la fase de la civilización de esa cultura. Ya no se crean nuevas formas. Se han agotado las posibilidades, y todo el desarrollo posterior no es sino una repetición de las formas anteriores. Por aquel tiempo existían entre los pueblos mayas varias ciudades de más de un millón de habitantes. Las ruinas conservadas de una de ellas cubren una superficie de 16 kilómetros cuadrados. Sabemos que hubo grandes guerras entre los diferentes estados que componían aquel mundo, a las cuales puso fin la Liga de Mayapán, que era la Liga de las Naciones maya, en que preponderaban tres grandes potencias, como en nuestra Liga moderna.

Solo después de terminada esta evolución y de iniciada la civilización maya, comienzan a surgir los pueblos nahuas del altiplano de Anáhuac. Se apropian ellos rápidamente de los valores espirituales producidos por los mayas, más o menos así como Estados Unidos y nosotros mismos nos hemos europeizado, y emplean los conocimientos adquiridos con el objeto de desarrollar la civilización técnica, militar y expansionista. Intervienen pronto en la península de Yucatán y aniquilan los estados mayas, de la misma manera como los romanos se apoderaron de la herencia helénica. En 1345 fundan la capital de Tenochtitlán e inician una política de conquista militar, muy semejante a la de las grandes potencias actuales.

Cuando los españoles llegaron a América, ya se encontraban en el estado de barbecho o de fellaches los pueblos mexicanos. Las ciudades mayas ya habían desaparecido. Cortés ni las menciona en sus célebres cartas. En Tenochtitlán, la masa cosmopolita demostraba todos los caracteres de los nómadas civilizados que pueblan los «desiertos pétreos», como Spengler denomina a las grandes urbes de la civilización.

Los españoles que efectuaron la conquista se encontraban en

un estado cultural por el cual los mexicanos habían atravesado mil años antes.

Spengler no se ocupa en su libro de la cultura peruano-boliviana, quizás por falta de literaturas. ¿Trátase de una cultura diferente de la mexicana o tenemos que ver con un solo movimiento? ¿Hubo en América dos diferentes culturas o dos matices de una sola? Me parece, aunque es aventurado adelantar afirmaciones al respecto, que hay unidad cultural entre ambos pueblos. Mucho hemos de esperar de estudios en que está empeñado Max Uhle. Uhle comprobó recientemente la existencia de relaciones culturales entre México y el Perú. Más aún: encontró en el Ecuador verdaderas colonias mayas. Comprobó la unidad de numerosos estilos comunes a ambas culturas. Igualmente estableció identidad cronológica con respecto al desarrollo de ambos pueblos. La primera y segunda fase de los mayas coincide con las dos fases de Tiahuanaco en nuestro hemisferio. Por el año 1000 se inicia la civilización peruana, tan bien como la maya. Existían en aquel tiempo formas artísticas, religiosas y espirituales acabadas —en ambos sentidos de la palabra—, cuyos últimos reflejos podemos observar todavía en nuestros choapinos. Y como en el Norte intervinieron los nahuas, en el Perú intervinieron los incas, para cumplir el destino de esas civilizaciones y formar la unidad política. Eran eminentemente prácticos, de voluntad férrea y grandes políticos, como los romanos y los anglosajones. Estaban penetrados también de igual voluntad de gobernar y dominar y de extender los límites de sus imperios hasta donde lo permitía la naturaleza. Inician el período de las grandes guerras, que termina con su completa victoria.

Conocían los incas la ley seca, habían establecido una perfectísima división del trabajo y organizado la sociedad sobre una base más o menos socialista. Habían abolido el sistema monetario, prohibiendo la propiedad individual en los metales preciosos y retribuyendo los servicios que cada cual le prestaba a la sociedad según un sistema complicadísimo y basado en unidades de valores de índole abstracta. En una palabra: la organización

económico-social de los incas corresponde, en Occidente, a un período en que hasta la fecha no se encuentra todavía ninguna de las naciones europeas.

Como vemos, la doctrina de Spengler nos impone la obligación de interpretar nuestra historia prehispánica desde un punto de vista diametralmente opuesto al que han adoptado como base nuestros historiadores.

No todos los pueblos indígenas, empero, habían alcanzado una evolución cultural tan avanzada como lo es la a que me referí. Hubo, entre nuestros indígenas, unas tantas tribus primitivas no evolucionadas, como las hay al margen de muchas culturas evolucionadas. Ellas no fueron arrastradas por ese torrente de ideas de que nos habla Bergson. Formaban un barbecho étnico, preparado en general para hacer germinar una cultura. Fueron esas tribus primitivas las que opusieron la resistencia más tenaz a la invasión de los españoles. Basta conocer la historia de Chile para comprobarlo. Mientras que los 100 000 guerreros de Atahualpa no supieron resistir a los 160 aventureros que acompañaban a Pizarro, en Chile un puñado de indios primitivos les libró una de las más célebres luchas que registra la historia del heroísmo humano. Pero, en todo caso, también aquellos pueblos civilizados que había en nuestro continente, a la llegada de los españoles, formaban un barbecho étnico, desgastado quizás espiritualmente y sin anhelos de crear nuevos valores. Podemos decir, en consecuencia, que todo nuestro continente, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, era un solo barbecho étnico. Parte de él había evolucionado a través de las dos fases de la cultura y de la civilización y se encontraba en decadencia, estado en que sin duda habría podido mantenerse todavía durante siglos o milenios. Otra parte no había experimentado la evolución cultural, pero estaba —al menos en algunas regiones— dispuesta a iniciarla.

Sobrevino la catástrofe: la invasión española. Ella interrumpió intempestivamente ese desarrollo.

¿En qué estado cultural se encontraban ahora los españoles a su llegada a América? ¿Qué fase cultural los caracteriza?

Se trata de uno de los problemas más interesantes y complicados de la Sociología.

España es un país en que se cruzaron e interpusieron varias culturas. Tenemos como fundamento la base greco-romana. España llegó a ser uno de los exponentes más caracterizados de la cultura antigua. Le entregó poetas, filósofos y emperadores. Los pueblos primitivos de la Península fueron convertidos en miembros activos de esa cultura.

Comienza a brotar a continuación, y aún dentro de la cultura romana, un segundo ciclo cultural, la cultura mágica o árabe, descubierta en esta forma por Spengler. Entiende él por cultura árabe el conjunto de movimientos espirituales que se inician por el año 600 antes de nuestra era, en la región comprendida entre Egipto y Persia. Forman parte de ella las culturas persa, caldea, hebrea, etc. La primera fase del desarrollo del cristianismo le pertenece igualmente a ella. Desde Jesucristo en adelante comienza a extenderse esta cultura hacia Occidente. Es sabido que en Roma fueron introducidos numerosísimos cultos orientales a partir del imperio. Nos manifiestan la invasión del mundo antiguo por esa nueva cultura. Cuando más tarde Mahoma inicia la expansión política y transforma la religión primitiva, esa cultura ya se encontraba en la fase del barroco; es decir, Mahoma fue en el mundo árabe lo que fue Cromwell en el occidental.

Por aquel tiempo el mundo antiguo ya estaba nutrido de espíritu árabe. Había terminado la vida de la cultura antigua, propiamente tal. Con los emperadores romanos comienza la pseudomorfosis de las culturas antigua y mágica.

Este concepto de pseudomorfosis es uno de los más originales y trascendentales de la sociología spengleriana. Proviene de la mineralogía y significa en ella lo siguiente: en el interior de la tierra cristaliza cierta substancia en la forma que le es peculiar. Es disuelta enseguida por corrientes líquidas. Queda en la tierra un hueco, el cual tiene la forma del antiguo cristal que ya no existe. Más tarde, penetra otra substancia en ese vacío y lo llena, cristalizando igualmente. Pero no puede cristalizar en la forma que

le corresponde, ya que se ve en la necesidad de llenar sencillamente el vacío que había encontrado. Así se forma un nuevo cristal que tiene la forma de otro diferente.

Estas pseudomorfosis se forman también cuando se entrecruzan o interponen dos culturas. La más antigua da la forma; la más joven, la substancia, el espíritu.

Tales pseudomorfosis son muy frecuentes en la historia, siendo la más célebre la antiguo-árabe.

De manera que, para poder comprender la cultura antigua desde Jesucristo en adelante, hay que conocer también la cultura árabe, pues aquella solo da la forma y esta se vio obligada a acomodarse dentro de esa forma, transformando, sí, su espíritu.

Solo así se podrá interpretar debidamente el derecho romano posterior; solo así se comprenderá la evolución del cristianismo, el cual, a pesar de haber conservado la unidad de la forma, se compone en buenas cuentas de tres religiones diferentes: hay un cristianismo árabe, uno antiguo, que es el de la pseudomorfosis iniciada por San Pablo, y uno occidental, formado a partir del año 900.

No puedo entrar aquí en mayores detalles sobre estos interesantísimos problemas. Baste establecer que la península ibérica fue compenetrada de la cultura mágica ya mucho antes de la invasión árabe. Los árabes solo vinieron a apoderarse de algo que ya era suyo. Tal es, al menos, la opinión de Spengler.

En España aquella cultura árabe experimentó un último florecimiento, su otoño e invierno. Son aires de otoño los que nos rodean en Granada y Sevilla, tan bien como el rococó occidental nos ofrece la misma sensación otoñal cuando lo comparamos con los estilos anteriores. Todo un mundo separa al estilo árabe de España del rococó occidental, pero a pesar de ello se trata de estilos correspondientes, de manifestaciones artísticas correspondientes a la misma fase cultural.

Aquella cultura árabe se encontraba en España frente a las tribus germánicas de los visigodos, la única parte de la población que le puso resistencia a la invasión, pues los iberos se habían

aliado a los árabes. Fueron los germanos también los únicos que trataron de evadir su influencia.

Los visigodos se encontraban, en ese tiempo, todavía en el período de transición hacia la evolución cultural. Spengler nos indica como fecha de iniciamiento de la cultura occidental el año 900.

En esa fecha se forma una nueva mitología, un nuevo sentimiento de Dios; se sintetizan nuevos estilos artísticos, se crea una nueva idea del Estado, se inicia, en una palabra, el curso de vida de una nueva cultura.

Esta cultura occidental viene a ser la última que se desarrolló plenamente en nuestro planeta. Le habían precedido siete otras, a saber: la de China, de India, de Egipto, de Babilonia y Asiria, la antigua, la indígena-americana y la mágica. Comprende esta nueva cultura primitivamente la región entre el Elba y la región del norte de España, para extenderse posteriormente sobre casi todo el continente europeo y, finalmente, también sobre todos los demás continentes.

Spengler es contrario a la tesis francesa e italiana que divide a los pueblos europeos en germanos y romanos o latinos. La diferencia que hay entre ellos es una diferencia de sol, de luz, de clima, pero no es básica. Dentro de cada cultura siempre habrá grandes diferencias entre pueblo y pueblo, y aún dentro de los pueblos, entre las distintas regiones, debidas ellas a las diferencias del medio en que se desarrollan los pueblos. La verdadera cultura está siempre ligada al medio. De él recibe los problemas y, por ende, de la calidad de los problemas que se les ofrecen a los pueblos tienen que depender los valores que producen. Valores cosmopolitas solo vienen a producirse en la fase de la civilización, cuando se extingue la vida cultural, cuando el hombre trata de vencer el espacio y el tiempo y ya no recibe impulsos del paisaje materno en que se formó la cultura. Además, niega Spengler que existan pueblos europeos que puedan alegar en su favor el privilegio de continuar la herencia antigua. ¿Cómo se va a poder

comprobar esa continuidad sociológica, si entre la cultura occidental y la antigua hay otra intermedia, cual es la árabe?

De manera que si bien hay diferencias dentro del ciclo cultural occidental, ellas no son substanciales, sino de matiz. Las naciones occidentales forman una sola familia sociológica.

España se encuentra, empero, en una situación especial dentro de esa familia occidental. Pues si la cultura mágica no pudo desarrollarse libremente dentro de la antigua, tampoco la occidental pudo evolucionar libremente dentro de la mágica que ocupaba la Península.

Durante todo el período gótico podemos observar esa dualidad en España. De una parte tenemos a los pueblos germanos que tratan de desarrollar la cultura occidental; de otra parte existe la cultura árabe plenamente evolucionada.

Hubo en el norte de la Península una región en que la cultura occidental se manifiesta en su forma pura, como en el Sur encontramos la forma pura de la cultura árabe. Pero hay una región intermedia en que se desarrolló la pseudomorfosis mágico-occidental. Su exponente más caracterizado es Alfonso el Sabio. En los estilos artísticos se manifiesta la pseudomorfosis en el mudéjar y el mozárabe. Pedro el Cruel o el Justiciero, a quien debemos la construcción del alcázar de Sevilla, vivía en un ambiente de perfecta pseudomorfosis.

Parece haberse concentrado todo el interés de España en torno a esa pseudomorfosis. España no pudo desencadenar libremente sus fuerzas en ese período. La lucha política y espiritual de las dos culturas fue de lo más atroz. Ella absorbía todas las fuerzas de la nación.

Pero finalmente, a fines del siglo XV, se impuso el espíritu occidental. Su victoria fue tan guerrera como había sido la lucha. La Inquisición debe interpretarse desde este punto de vista. Fue en primer lugar una institución destinada a extirpar el espíritu árabe en España. Dirigía su acción especialmente contra moros, contra judíos y demás herejes de España. La palabra hereje no

debe entenderse aquí en el sentido que en general se le da. Significa simplemente no-occidental, o sea, árabe.

Esta interpretación de la evolución de España no proviene de Spengler. Él apenas se ocupa de España en su obra. Es una simple aplicación de sus doctrinas que me he permitido presentaros aquí.

Una vez libres esas fuerzas encadenadas hasta entonces, conquistado el último baluarte de los árabes en España e iniciada la extirpación de la cultura árabe, pudo emplear por fin la nación todas sus energías en su desarrollo genuinamente occidental.

Es sugestiva la coincidencia de este desarrollo con la conquista de nuestro continente y con el siglo de oro de las letras, artes y ciencias españolas.

España, en el curso de muy pocos decenios, se coloca a la vanguardia de Europa. Spengler demostró en su interesantísimo ensayo intitulado «Prusianismo y socialismo» que Europa le debe a España su estilo diplomático, su sistema político y su estilo social hasta fines del siglo XVIII. Lo que hasta ahora se le atribuía a Francia es español, genuinamente español. La Francia de Luis XIV y sus sucesores no fue sino un reflejo de la España de un siglo antes.

En esa fase de su desarrollo los españoles intervinieron en la historia de nuestro continente. Venían poseídos del espíritu de triunfo sobre la cultura árabe. Habían aprendido a odiar lo ajeno y a exagerar en la apreciación de sus propios valores. No pretendían celebrar compromisos con el mundo indígena que encontraron aquí. Querían transformarlo cuanto antes en una parte de su propia cultura.

Y las condiciones eran favorables para tales pretensiones. Habíamos visto que los pueblos indígenas se encontraban en el estado de barbecho, preparado para recibir los gérmenes de vida que se le entregaran.

Y efectivamente podemos constatar una evolución en tal sentido. No me es posible presentaros, en su integridad, los elementos que comprueban esta tesis. Me voy a referir solamente al arte. El barroco americano, capítulo descuidado en la historia

del arte, nos ofrece uno de los problemas más interesantes de la arquitectura. En México, en Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina comenzaron a florecer escuelas artísticas de carácter original. Empleaban los elementos artísticos europeos, o mejor dicho españoles, pero los transformaban. Bajo el sol tropical de México las formas artísticas experimentaron todas las influencias que provienen de ese medio. Son exageradas, riquísimas en detalles, fantásticas, visionarias, candentes, cual lo es la vegetación de una selva tropical. En Argentina, en cambio, frente a la inmensa monotonía de la Pampa, el barroco pierde toda su riqueza en detalles, y el Cabildo de Luján nos presenta, por ejemplo, solo las grandes líneas de aquel estilo, despojado de todo adorno. Parece ese Cabildo una verdadera encarnación de la Pampa, como las catedrales mexicanas son verdaderas encarnaciones del ambiente en que se crearon. Son obras originales, creadas por artistas verdaderamente apasionados y dominados de fuerzas creadoras. Nos manifiestan, aún en el estado miserable en que se encuentran, que había en nuestro continente una base sobre la cual se estaba desarrollando una cultura genuinamente americana.

Y no se crea que los indígenas permanecían indiferentes ante esa evolución. Aquellas obras a que me acabo de referir les deben en gran parte su origen a artífices indígenas. Hay en la arquitectura colonial numerosos elementos netamente indígenas. Ya sea el signo escalonario, ya cierto matiz en las estatuas, ya la impresión general de un retablo: siempre encontraremos cierto aire indígena en esas obras, la indicación de cierta pseudomorfosis indígena-occidental.

Pero sobrevino, a mediados del siglo XVII, la decadencia de España. En general se ha tratado de explicarla alegando razones y causas que quisiera calificar de externas. Se dice que la decadencia de España proviene de las guerras que exigían fuertes sangrías a la nación, de una disminución de la población debida en parte a la expulsión de los moriscos, del derroche de la renta nacional por los privados y dignatarios, de una exageración de la vida aristocrática que se divulgó en todas las clases, etc.

Pero yo creo, adhiriéndome a Spengler, que la decadencia es un fenómeno espiritual. No hay obstáculo externo que una nación espiritualmente fuerte y vigorosa no pueda salvar. Los fenómenos a que me refiero acompañan la decadencia de España, pero no forman su verdadera causa.

Ortega y Gasset estudia un aspecto de esta decadencia en su hermoso libro «España invertebrada». Su tesis es la siguiente: una nación evoluciona políticamente cuando un estadista de calidad le presenta un ideal, una misión nacional que cumplir, y organiza las fuerzas de la nación con el objeto de realizar ese ideal.

Así, por ejemplo, Isabel y Carlos V trataron de formar la unidad nacional de España y de substituir, en la política exterior, el «non plus ultra» que era hasta entonces el lema de los monarcas españoles, en un «plus ultra».

Efectivamente, la historia política de España en el siglo XVI nos demuestra que se logró realizar ese ideal que significaba un bien para todos los españoles. Una vez cumplida esa misión, no se desarrollaron nuevas ideas políticas. Y si hasta entonces habían predominado las fuerzas centrípetas en la nación, obligando a todas las partes de ella a colaborar en la realización del ideal nacional, ahora comienzan a surgir las fuerzas centrífugas, no contrarrestadas por otras contrarias. Se inicia la desmembración de España. Primero se separa de ella el Portugal. Más tarde, pierde los Países Bajos y partes de Italia. En la guerra de la sucesión de España se le quitan nuevas posesiones. A principios del siglo XIX, la emancipación de América significa otro paso en la misma dirección, y finalmente el mismo separatismo de Aragón y otras provincias españolas debe interpretarse bajo el mismo punto de vista.

Pero hay otras causas, quizás más importantes, que nos explican la verdadera causa central de ese fenómeno.

El español se formó en la lucha con el mundo árabe. Esa lucha había absorbido, como vimos, casi todas las fuerzas de la nación. Una vez terminada esa lucha, España desarrolló libremente los elementos occidentales de su cultura. Pero ese desarrollo fue

demasiado estrecho, exclusivo e incompleto. El español se había acostumbrado a aniquilar al enemigo. También espiritualmente. Trataba de extirpar todos aquellos elementos de su cultura que no se encontraban en armonía con ciertos principios considerados como absolutamente válidos y exactos. Es cierto que una discrepancia excesiva, que un dualismo demasiado pronunciado, puede dañar al desarrollo de una nación. Prueba suficiente de ello tenemos en la situación sociológica de España durante el período gótico. Pero la exageración, la preponderancia absoluta de ciertos principios produce una neutralización espiritual, un estado de equilibrio mental que impide toda vida cultural. El mundo necesita de cierto injerto diabólico para poder existir, de un fermento de negación, de duda, de contradicción. La negación forma, según Hegel, la base de toda evolución. Sin ella se extingue la vida espiritual.

Y es eso lo que pasó en España. Todos los españoles se acostumbraron a aceptar ciertos valores políticos, artísticos, filosóficos, económicos y teológicos como la base indiscutible de su vida. Cesaron así las tensiones espirituales. No surgían nuevas dudas, nuevos problemas. Se extinguió la elasticidad espiritual de la nación.

Y esa decadencia se extendió también sobre nuestro continente. Aquí no influían las causas externas que se alegan con frecuencia para explicarnos la decadencia de España. Las condiciones externas para el desarrollo eran muy favorables, pero faltaba la condición interna esencial: la tensión espiritual. Creo yo que este hecho nos comprueba la necesidad de buscar las causas de la decadencia de las culturas no en condiciones externas, sino en la esencia misma de la evolución cultural.

Desde 1650 se viene formando un verdadero vacío en la evolución iberoamericana. Los otros pueblos occidentales continuaban evolucionando; la vida del mundo español estaba paralizada.

Al producirse esta decadencia, la cultura hispanoamericana estaba en vísperas de entrar en el período de la civilización.

Baltasar Gracián es un escritor —para citar un caso— que muy bien puede haber vivido en la Francia del siglo XVIII, cuando Voltaire y Montesquieu preparaban la fase de la civilización, asentando teorías que le debían entregar el poder a la burguesía. Pero no llegó a desarrollar nuestra cultura esta fase de la civilización. No hubo en los pueblos español e iberoamericano una evolución técnica y material, como primero en Francia e Inglaterra y más tarde en Alemania. La evolución se interrumpió prematuramente. Es este un hecho fundamental de nuestra evolución, que debemos tener presente constantemente cuando comparamos nuestra evolución con la de los demás pueblos europeos. En vez de la civilización tenemos que ver aquí con un vacío.

Terminó el período de la decadencia o del vacío, como se le puede denominar, por el año 1810, con la emancipación de nuestras naciones iberoamericanas.

Esta emancipación, considerada desde el punto de vista de Spengler, es decir, de sus doctrinas, ya que él nada nos dice de ella, me parece merecer una interpretación muy diferente de la que en general se le da.

En realidad, es un problema complejo que nos ofrece tres aspectos principales.

En primer lugar se trata de una serie de acontecimientos que dicen relación con el proceso de la desmembración de España, tal como la aprecia Ortega y Gasset en la obra citada.

En segundo lugar fue la primera manifestación de vida de nuevas entidades políticas que se daban cuenta de formar naciones (en el sentido que Taine le daba a la palabra). En este sentido, es una lucha de independencia, basada en la conciencia que se había formado en algunos espíritus avanzados de aquel tiempo, de formar una nación. Se llevó a cabo la lucha con la ayuda de las potencias interesadas en la desmembración de España y que se preparaban para hacerse cargo de su herencia.

En tercer lugar, tenemos que ver con una lucha en favor del liberalismo. En este sentido fue un movimiento burgués, común a

todos los estados europeos. Se trataba de conquistar el poder político para la nueva clase de los burgueses, de establecer las bases jurídicas del capitalismo moderno, de crear, en una palabra, la civilización que hasta entonces no se había podido desarrollar en el mundo español.

La evolución posterior consiste sencillamente en iniciativas adoptadas con el objeto de llenar el vacío que se había formado desde 1650. Y ya que no existían en nuestras naciones las bases para desarrollar valores originales propios, tuvimos que limitarnos a copiar servilmente el ejemplo europeo.

Así se explica que todas las iniciativas hayan venido de afuera. Fueron los comerciantes e industriales anglosajones y los colonos alemanes los que vinieron a desarrollar nuestra economía. Fueron los sabios franceses y alemanes los que vinieron a formar nuestro ambiente espiritual.

El iberoamericano solo conocía un ideal: París. Y con esa exaltación de la «ciudad luz» trataba de ocultar su propia esterilidad, la ausencia de valores originales en su vida espiritual. Nuestra economía y nuestra vida espiritual han venido, así, a depender del extranjero; son una sombra, un reflejo de Europa.

Nuestra vida está basada en un anhelo de imitar, no de crear. Siempre nos consideramos como inferiores y tratamos de ocultar esa inferioridad, presentándonos como perfectos y acabados europeos; es decir, imitando sus hábitos, su dicción, su estilo de vida, pero sin tratar de crear un fondo real sobre el cual descansa nuestra cultura.

Siempre se trata de llenar el vacío que nos dejó la época colonial. Así hemos iniciado un movimiento que aparentemente significa evolución, pues nadie puede negar los inmensos progresos materiales de nuestra civilización, pero que en el fondo o es la obra de individuos de otros pueblos o es mera imitación.

De ahí que no hayamos desarrollado un nuevo estilo de vida. De ahí que nuestros estados sean sin forma y gobernados por caudillos. El caudillo iberoamericano es para Spengler un indicio de decadencia. Ha venido a substituir al parlamentarismo. Y como

este se encuentra en vías de desaparecer en Europa, resulta que el caudillaje iberoamericano representa una fase más avanzada de la evolución. Así se explica sin dificultad alguna la cita de Spengler que os presenté al iniciar esta conferencia.

¿Pero no existe, entonces, posibilidad alguna de que se desarrolle una cultura propia y original en la América ibérica?

No hay razón para ser tan pesimista.

Nuestros pueblos forman un barbecho étnico. Dos veces se extinguió en ellos la llama de la vida cultural: por 1500, cuando terminó la civilización indígena, y por 1650, cuando terminó la vida de la cultura española.

No creo yo que sea posible resucitar al pasado. No habrá en el futuro cultura indígena ni cultura colonial.

Pero si preparamos bien el barbecho, basándonos en los principios de la sociología moderna, cuyo más caracterizado representante es Spengler, adaptando los métodos europeos, no los resultados, inculcando a nuestra juventud el espíritu de crear, no de imitar, y fomentando cuidadosamente toda manifestación de vida propia y original que descubramos, creo yo que hemos hecho todo lo que está de nuestra parte para que el soplo milagroso de la evolución cultural se comunique a nuestra juventud y le imprima su espíritu maravilloso.

Carlos Keller R., *Spengler y la situación político-cultural de la América Ibérica* (Santiago de Chile, 1927), pp. 7-46.